

“Vuelve mañana á México; al prelado  
Preséntate, repite lo que dije,  
Y el hablar en mi nombre y con mi agrado  
El sinsabor compense que te aflije.”  
Dijo María: el indio resignado  
A cumplir obediente lo que exige,  
Con mas cansancio y menos amargura  
Bajó del cerro la pendiente dura.

CANTO V,

¡Ay con qué profundísima fatiga  
Se agita el corazón desesperado,  
Cuando con dardo punzador lo hostiga  
El recuerdo fatal de lo pasado!  
Cuando un tenaz remordimiento abriga  
La inflexible conciencia, y desolado  
Siente el justo que Dios trueca en airada  
La que antes era paternal mirada!

Siente del que ha pecado los tormentos  
Sin conocer los gustos del que peca,  
Y el tropel de sus vagos pensamientos  
En verdugo y en víctima lo trueca  
De sí propio: á sus párpados sedientos  
Lágrimas niega la pupila sega,  
Cuando una sola lágrima sería  
Bálsamo que su mal aliviaría.



Y en vano al cielo la mirada eleva,  
Que un astro en él consolador no halla,  
Y á Dios en vano su oracion eleva,  
Que mas de sus congojas la batalla  
Se acrece, y mas el corazon se abreva  
De amargura, y mas hórrida restalla  
La hoguera del Infierno, y tentadores  
Mas acosan el alma los dolores.

Zumárraga doliente de tal modo  
En pesarosa postracion yacía,  
Su fé manchada con el sucio lodo  
De amarga indecision, de duda impía:  
¿Cómo de Dios el que lo puede todo  
Así la luz desconocido habia,  
Y cómo al hombre, prócer ó villano,  
Culpó de falsedad siendo su hermano?

¿Cómo cerró el oido á la suave  
Voz del que á hablarle por el cielo vino?  
El alto Sér que en la montaña al ave  
Y en el húmedo abismo al pez previno  
Alimento y mansion, el que lo sabe  
Todo y á todo aparejó camino,  
¿No escojo á los humildes por mejores  
Para cuando sus favores?

¿Cómo estuvo la mente del prelado  
De Dios y de la fé tan apartada  
Para no dar al rústico enviado  
Sobre nada razon, crédito en nada?  
Hubiera su discurso examinado,  
Y sin dar en su mente franca entrada  
A ruin credulidad, acaso viera  
Que fué verdad lo que juzgó quimera.

Y no que el caso milagroso ahora  
Tal vez, si fué verdad, no se repita,  
Y en vano el alma arrepentida llora  
Pérdida tal que ni el dolor la evita  
Ni la fé la remedia: la Señora  
De los cielos acaso la bendita  
Faz de que gloria y regocijo emana  
Apartó de la gente mexicana.

Duda tenaz, satánica tibieza  
Su mensaje de amor han acojido;  
Un ministro de Dios con aspereza  
eCrró á su invitacion el torpe oido,  
Negó de sus bondades la fineza,  
Despreció por humilde á su elegido;  
¿Qué mucho, pues, que con justicia dura  
Torne rigor lo que empezó ternura?



¿Qué mucho que con mano poderosa  
Rígido azote aterrador levante  
El ángel del castigo, y la dichosa  
Paz de nuestros espíritus quebrante?  
Si en ira ya por nuestro mal rebosa  
Del Santo de los santos el semblante,  
¿Con qué voz á su madre imploraremos  
Nosotros que su amor desatendemos?

¡Raza de Adan ingrata y descreida,  
Esclava de la muerte y del pecado!  
No hay un instante de tu aciaga vida  
Que con un nuevo error no esté manchado;  
No hay una accion por tu querer cumplida  
Que de tu Dios no escite el desagrado,  
Ni por tu flaco ser pasa una idea  
Que de maldad é ingratitud no sea.

El Verbo murió en cruz por rescatarte  
Y tú en cruz por perderte lo pusiste;  
Él en tus desventuras tomó parte  
Y tú contra su gloria combatiste:  
La mano hieres del que va á salvarte  
Y desprecias la luz del que te asiste;  
Con necio orgullo de tu fé reniegas  
Y vas perdida caminando á ciegas.

Así de su conducta arrepentido  
El prelado á sus solas meditaba,  
Y el llanto de sus ojos desprendido  
Sus cóncavas mejillas inundaba:  
Rasgóse ante sus ojos el tupido  
Velo con que el demonio lo cegaba;  
Sintió el milagro; mas creyó cobarde  
Que para tanto mal era ya tarde.

Y no era tarde, no, que la divina  
Clemencia nunca al mísero abandona,  
Y á los ciegos de espíritu ilumina,  
Y á los rebeldes á su amor perdona:  
No era tarde, que apenas purpurina  
Volvió del alba á destellar la zona  
De alegre luz y de matiz de fuego,  
Volvió á ver á Zumárraga Juan Diego.

Humillada la frente, de sonrojos  
Vivos la faz por timidez cubierta,  
Vuelos al suelo los turbados ojos  
Cuyas miradas á fijar no acierta,  
Del prelado temiendo los enojos  
Provocar, con voz trémula é incierta  
A Zumárraga el indio refería  
La nueva gracia que debió á María.



Y el obispo escuchaba su relato  
Rebosando de júbilo el semblante  
Y convertida en movimiento grato  
La ansiedad de su pecho palpitante:  
No con mas gozo por terreno ingrato  
Saluda el fatigado caminante  
El manantial que en arco cristalino  
Ve brotar de la peña en su camino.

Mas de una vez el genio de la duda  
Con sesgo giro é intencion aviesa,  
Sintiendo ver ineficaz la ayuda  
Que ofreció á Satanas para su empresa,  
Renovar quiso la batalla ruda,  
Quiso volver á atarazar su presa,  
Y oponer su maldita pertinacia  
De la eterna bondad á la eficacia.

Mas no siempre el Altísimo permite  
Que así combata sin defensa el justo  
Y que el Infierno á perdicion lo escite  
Con ciego error ó con viciado gusto:  
La tentacion, bien plazca ó bien irrite,  
Con halago falaz ó ceño adusto,  
Poco, muy poco contra el hombre puede  
A quien su gracia el Hacedor concede

El ángel de la guarda del prelado  
Por mandato de Dios bajó del cielo,  
Fortificó su espíritu angustiado  
Con alto don de celestial consuelo,  
Para luchar se colocó á su lado,  
Y de sus alas con el puro velo  
Formó á su corazon tan recio escudo  
Que traspasarlo el tentador no pudo.

El malévolo espíritu, de ira  
Bramando al ver que se tornó en quimera  
De su astucia el efecto, se retira  
Al hondo abismo do Satan lo espera:  
Al logro allí de su perversa mira  
Dispone su ambicion, su plan altera,  
Y se prepara á renovar la lucha  
Con fuerza doble y esperanza mucha.

Zumárraga entretanto blandamente,  
Escuchando el relato de Juan Diego,  
Sentia resbalar sobre su frente  
Como un áura de paz y de sosiego:  
El corazon contrito y penitente,  
Estinto ya de su inquietud el fuego,  
Las generosas alas desplegaba  
Al ambiente de fé que lo halagaba.



Y al terminar el indio, de rodillas  
En medio de la estancia prosternado,  
Arrasadas en llanto las mejillas  
Y de gozo el espíritu extasiado,  
En cláusulas sublimes y sencillas  
Gracias rindió á la Virgen el prelado,  
Repitiendo su prez en son grosero  
De la fausta noticia el mensajero.

Y la doble oracion los celestiales  
Espíritus atentos escuchaban,  
Y batiendo las alas inmortales  
Al Empíreo gozosos la llevaban,  
De fino amor purísimos raudales  
Que de los pechos de los dos brotaban,  
Nubes de rico incienso que subian  
Y ante el trono de Dios se recojian.

¡Turba de tribunicios oradores  
Sabios en los políticos arcanos,  
Que de elocuencia con pomposas flores  
Divertís la atencion de los humanos,  
Que acumulais impúdicos loores,  
Grandes palabras y sistemas vanos  
Para hacer que la incauta muchedumbre  
Del poder os levante hasta la cumbre!

No me habéis de igualdad, porque no existe  
Do la quereis buscar. Turba demente  
Que con colores de igualdad se viste  
No la conoce, al proclamarla miente.  
Solo en los templos la igualdad asiste;  
Solo ante su poder Dios la consiente;  
Solo la esplica la oracion cristiana  
Que al pecador con el querub hermana.

Mirad! El sacerdote revestido  
De alta mitra y el mísero villano  
Oran juntos, y Dios igual oido  
Presta y tiende á los dos la misma mano:  
Él de sus corazones ha medido  
La suma de virtudes grano á grano;  
A los dos halló puros y cabales,  
Y ante su trono los contempla iguales.

Y ante su trono volarán mañana,  
Confesores eternos de su gloria,  
Cuando rompa el espíritu la humana  
Prision de vil perecedera escoria:  
Les dará la justicia soberana  
Iguales palmas por igual victoria,  
Y no habrá quien distinga ni quien tilde  
Al docto preste ni al labriego humilde.



Pero no es á mi númen á quien toca  
Revelar los secretos de la muerte,  
Violando en fuerza de su audacia loca  
Lo que ha sellado Dios con mano fuerte:  
Respeten, pues, mi cítara y mi boca  
De los que ya no son la última suerte;  
Puedo contar lo que en el tiempo veo;  
Pero adoro callando lo que creo.

Terminó su oracion, y al indio dijo  
Zumárraga, templando en su maduro  
Seso la intensidad del regocijo  
Con freno de prudencia: "Estoy seguro  
De cuanto acabas de decirme, hijo;  
Por la verdad de tu palabra juro  
Que has sacado mi espíritu de pena  
Y es voz divina la que en tí resuena.

"¡Así pudieran todos los cristianos  
Sentir la animacion de la fé mia,  
Y unir cual yo las reverentes manos  
La bondad adorando de María!  
¡Así pudiera á todos los humanos  
Participes hacer de mi alegría,  
Y hacer que todo el mundo presenciara  
La que me cuentas maravilla rara!

"Mas, ay! no puedo hacer que el mui  
Lo que con fé consoladora creo,  
Ni que la humana muchedumbre vea  
Lo que del alma con los ojos veo:  
Lograr que á todos evidente sea  
Este milagro con ardor deseo;  
Conseguirlo intentemos, que sin duda  
De Dios la madre nos dará su ayuda.

"Tal vez al vulgo incrédulo parezca  
El suceso un error de tus sentidos,  
E injuriosos epítetos merezca  
Tu eleccion á los hombres descreidos:  
Tal vez de la impiedad la saña crezca,  
Y á mi empeño cerrando los oidos,  
A la mofa comun el caso entregue,  
Discuta indócil ó rebelde niegue.

"Que al fin tal es la condicion humana  
Si Dios al hombre la verdad no inspira:  
Lo que sumiso adorará mañana  
Hoy con desprecio irreverente mira;  
De los milagros su razon liviana  
Busca el por qué, la conviccion retira,  
Sin ver que los milagros son señales  
Que da Dios de su amor á los mortales



“¿Y ser también acaso no pudiera  
El suceso que cuentas peregrino  
Una ilusoria mística quimera  
Forjada en la fatiga del camino?  
¿No sabes que el demonio por la artera  
Trama de su maléfico destino,  
En forma de ángel á la vista luce  
Y al incauto mortal así seduce?

“No quiero que ese templo, do María  
Sobre esta tierra su favor derrame,  
En ningún tiempo por desdicha mía  
De la impiedad las ocasiones llame,  
Ni que lo ataquen con tenaz porfía  
La falsa ciencia ó la calumnia infame;  
Mas que en él todos fervorosos oren  
Y de su origen el milagro adoren,

“Vuelve al cerro feliz donde te espera  
De Dios la Madre; pídele sumiso  
Una señal que dé por verdadera  
Tu misión, que acredite el alto aviso  
Que da de su querer, y de la artera  
Malicia el vencimiento haga preciso;  
Hágase á todos su piedad notoria  
Y del culto acreciéntese la gloria.”

“Padre, repuso el indio, yo confío  
Que esa señal benéfica obtendremos,  
No por la mezquindad del ruego mío,  
Mas del divino amor por los extremos:  
La vuelta iré del Tepeyac, y fio  
Que de un nuevo milagro alcanzaremos  
Prueba tal que patente á todos sea  
Y nadie dolo en lo que digo vea.”

La plática con esto terminada  
Y el indio de sus cuitas aliviado,  
El camino emprendió de su morada  
En santo ardor el ánimo abrasado:  
Con febril impaciencia en continuada  
Fatiga ejercitando el pié cansado,  
Al terminar las horas de la siesta  
Pisó del Tepeyac la cumbre enhiesta.

Miró en torno de sí, y ante sus ojos  
Nada en el horizonte aparecía:  
El túbio sol entre celajes rojos  
Velado, hácia el ocaso dirigía  
Su disco abrasador: secos abrojos  
Orla formaban á la estensa vía,  
Sin que de un ser se descubriese en ella  
Visible aspecto ni reciente huella.



La dulce brisa con su aliento blando  
Un átomo del aire no agitaba,  
Ni en las quiebras del cerro penetrando  
El mas leve sonido modulaba:  
Ni ave ni bruto por allí cruzando  
Aquellas soledades animaba,  
Y en silenciosa y lánguida tristeza  
Yacia por do quier naturaleza.

No esperaba Juan Diego que fallidas  
Saliesen sus benignas intenciones  
Ni ver sus esperanzas mas queridas  
Trocadas de repente en ilusiones:  
Dios que sabe el dolor de las heridas  
Hechas en los humanos corazones,  
Sabe solo el atroz desasosiego  
Que acometió la mente de Juan Diego.

Esperaba el indígena que aquella  
Celeste aparicion que sus sentidos  
Dos veces regaló, volviese bella  
Sus pasos á atajar, y en sus oidos  
Penetrase esa voz de que destella  
Tanto amor; pero al ver desvanecidos  
Sus cálculos, quedóse tristemente  
Fijo en la estrecha y desigual vertiente.

Y exalando en sollozos por su boca  
La angustia sin igual que lo aquejaba,  
Presa del desaliento que sofoca  
Su fé vencida y que sus pasos traba,  
Creyéndose tal vez de alguna loca  
Quimera que sus mientes halagaba  
Víctima imbécil, su pesar violento  
Así exalaba en lastimoso acento.

“¿Es posible, dulcísima Señora,  
Que tú, tan amorosa y tan clemente,  
Desatiendas el llanto del que llora  
Y no hagas caso de mi voz doliente?  
Ven, que tu siervo tu presencia implora;  
Preséntate á mis ojos nuevamente;  
Feliz respuesta á tu mensaje traigo,  
Y aquí de hinojos en tu espera caigo.

“Si aquí tu magestad no se presenta,  
¿Dónde te buscaré, Señora mia?  
¿A donde acudo para darte cuenta  
De la mision que para tí traia?  
Señora, tu silencio me amedrenta;  
Mi espíritu desmaya en la agonía;  
¿Por qué no acabas con amor fecundo  
Lo que empezaste para bien del mundo?



“Acaso de la gente mexicana  
Se aparta ya tu proteccion? ¿Acaso  
Algún desliz de mi flaqueza humana  
Habrá cortado á tu favor el paso?  
Flaca es mi fé, mi condicion villana,  
Mi maldad mucha y mi talento escaso;  
Mas recuerda, Señora, que yo he sido,  
Si no el merecedor, el elegido.

“Yo de tu rostro contemplé la gloria,  
Oí tu acento con placer profundo,  
Y trasmití la peregrina historia  
De tu brillante aparicion al mundo:  
No soy yo, de la mas humilde escoria  
Del barro mundanal gusano inmundo,  
Digno de tal honor; mas me fué grato,  
Y obedecí, temblando, tu mandato.

“No se pierda, Señora, esta semilla  
De caridad, sembrada por tu diestra;  
No se olvide esta escelsa maravilla  
Con que das al Anáhuac clara muestra  
De tu materno amor: mi alma sencilla  
Se alista de la duda en la palestra  
Para luchar cuanto su fuerza alcance  
Por la verdad del milagroso lance.

“Mas si tu voz en realidad no ha sido  
La que con frases de amoroso encanto  
Una vez y otra deleitó mi oido;  
Si el resplandor no ha sido de tu manto  
La ardiente luz de que miré ceñido  
Con reflejos de grana y amaranto  
El cerco del vastísimo horizonte  
Que en derredor se estiende de este monte;

“Si la forma que ví fué solamente  
Un fantasma del aire en los vapores  
Formado, á quien mi cérebro demente  
Dió sin tenerlos sér, voz y colores:  
Ten piedad de mi error, que la inclemente  
Duda me llena el corazon de horrores;  
Házme saber si procedió mi empeño  
De alta vision ó temerario sueño.

“Y yo por tu favor enaltecido  
O por mi torpe engaño anonadado,  
Nuncio de tus bondades elegido  
O por mi nécia vanidad cegado,  
Sostendré á todo trance decidido  
Las órdenes, Señora, que me has dado,  
O enmendaré con ánimo sincero  
De mis sentidos el error grosero.”